

## **Ejercicios espirituales**

*Diócesis de San Andrés Tuxtla*

### **DE LA ESCASEZ Y LA SEPARACIÓN A LA UNIDAD Y LA ABUNDANCIA**

Probablemente nos sentimos sobrepasados por la violencia que está sucediendo en el mundo cada día; porque la violencia, como un virus letal, penetra en muchas dimensiones de nuestra vida personal y social. Probablemente estamos comprometidos de algún modo en el cambio social, pero nos encontramos desalentados por lo que podemos conseguir. O quizá queremos practicar una comunicación menos violenta y más compasiva. ¿Por dónde empezar?

Corren tiempos difíciles para el mundo. En nuestros días la violencia, al menos en el lenguaje y los discursos nacionalistas, se ha vuelto más explícita. Son lamentables los discursos que escuchamos, discursos que afirman que unos son mejores, más capaces e inteligentes que otros. Discursos que sostienen que no todos tenemos lugar en este mundo; que para que unos estén bien, otros han de ser expulsados. Discursos que proclaman la victoria del fuerte sobre el débil. Esos discursos ven la clemencia y la compasión como debilidades a superar, y la ayuda al pobre como malsano paternalismo. Es verdad que también se escuchan, en contraparte, posturas que claman por la apertura, la equidad y la tolerancia. En medio de un ambiente así de exacerbado, me pregunto cómo podemos mantenernos en el terreno de nuestra común humanidad, poniendo las condiciones para que las necesidades de todos sean atendidas por igual.

¿Es posible crear un mundo que funcione para todos? Un mundo en el que todo en la sociedad esté orientado a atender a las necesidades humanas. Un mundo en el que todos seamos tratados con cuidado y respeto desde el momento en que nacemos. Un mundo en el que tengamos todas las razones para creer que nuestro bienestar y nuestras necesidades importan. Un mundo que nos diera evidencias diarias de que los recursos han sido utilizados e invertidos para el beneficio de todos y cada uno.

Para hacer posible un mundo así, hay que buscar un cambio en nuestra conciencia personal y también en las estructuras y modos de relación entre los humanos. Si priorizamos la transformación social, sin atender a las maneras en las que todos nosotros hemos internalizado los mismos sistemas opresores y hábitos del corazón y de la mente que queremos transformar, entonces corremos el riesgo de recrear estos sistemas y hábitos. No podemos cambiar las estructuras sociales sin cambiar nuestras personas individuales, y no podemos hacer eso sin cambiar las estructuras sociales.

Para empezar a construir un mundo que funcione para todos, hemos de liberarnos de la conciencia de escasez y separación en la que con frecuencia nos movemos; esa conciencia que nos lleva a pensar que solamente nos podemos afirmar a nosotros mismos si negamos al otro. Hemos de abrirnos a la conciencia de unidad y de abundancia y encontrar maneras colaborativas de trabajar con otros, aunque ellos no vean el mundo como nosotros lo vemos<sup>1</sup>.

## Los textos bíblicos

Esta conciencia de escasez y separación se puede rastrear en muchos textos bíblicos, sobre todo en los que hablan de nuestros orígenes, y que están en los 11 primeros capítulos del Génesis. Para empezar, el relato del jardín del Edén habla de la caída del ser humano, de la ruptura que está a la base de nuestra experiencia humana. Esta ruptura primordial se escenifica con un diálogo entre la mujer y la serpiente:

“La serpiente era el animal más astuto de cuantos el Señor Dios había creado; y entabló conversación con la mujer: ¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín? La mujer contestó a la serpiente: ¡No! Podemos comer de todos los árboles del jardín; solamente del árbol que está en medio del jardín nos ha prohibido Dios comer o tocarlo, bajo pena de muerte. La serpiente replicó: ¡Nada de pena de muerte! Lo que pasa es que Dios sabe que, en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, versados del bien y del mal. Entonces la mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para tener acierto. Tomó fruta del árbol, comió y se la alargó a Adán, que comió con ella<sup>2</sup>.”

En un mundo estructurado por las prohibiciones y los castigos, la tentación de controlarlo todo, de controlar el bien y el mal se vuelve apetecible y a la vez peligrosa. El deseo humano de ser omnipotentes, ser “dioses” pero sin contar con Dios ni con su gracia, cristaliza en estructuras sociales que se reproducen y siembran de dolor y desgracia nuestro mundo. Nuestra propia situación de libertad se entrelaza con la violencia estructural, con una serie de factores negativos que actúan contrariamente al bien común y que constituyen un obstáculo difícil de superar para las personas e instituciones. Estas estructuras sólo se vencen cuando nos ponemos al servicio del otro en lugar de oprimirlo para propio provecho, cuando optamos libre y conscientemente por relacionarnos de manera no-violenta con los demás.

---

<sup>1</sup>Esta caracterización de un mundo que funcione para todos y estas ideas provienen de Miki Kashtan. Se puede ver su obra *Revealing our human fabric. Working together to create a nonviolent future*, Fearless heart publications, Oakland CA 2014.

<sup>2</sup> Gn 3, 1-6.

El ser humano fue creado para la vida, el bien y la felicidad; sin embargo, la realidad de la violencia está instalada en la realidad social y en el corazón humano<sup>3</sup>. Como dice Andrés Torres Queiruga: “El hombre constata una y otra vez que en lugar de hacer el bien hace el mal. E incluso cuando hace el bien, la propia experiencia o la psicología le enseña que su decisión no es del todo limpia y transparente: siempre hay motivos oscuros, impulsos que nos gobiernan sin que lo sepamos. Las constataciones del pagano Ovidio (“veo lo mejor y lo apruebo, pero hago lo peor”) y del cristiano Pablo (“no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero es lo que hago”) representan una experiencia universal. Por eso la filosofía moderna percibe cada vez con mayor intensidad la tremenda paradoja de la libertad humana. Una libertad finita, que es y no es al mismo tiempo; dueña de sí misma, pero nunca de un modo total; condicionada desde dentro y recibiendo desde fuera su materia y sus sollicitaciones. Una libertad que está siempre ‘bajo sospecha’<sup>4</sup>.”

A esta libertad humana, herida y “bajo sospecha”, se le añade la aplastante presencia de la injusticia, la violencia y el sufrimiento; es el misterio de iniquidad que se manifiesta en lo personal y en lo social, en el interior del corazón y en las estructuras sociales. El nivel de exposición de violencia que existe en nuestra sociedad es inmenso, y lo absorbemos continuamente, lo metabolizamos y lo convertimos en sufrimiento para otros. Es la dinámica de la tiniebla, que se oculta y enmascara. Es necesario curar nuestra ceguera, sacar la dinámica del mal a la luz para desentrañar sus mecanismos de muerte, desenmascararlo para denunciarlo.

Esta dinámica expansiva de la violencia se expresa en las consecuencias que acarrea la decisión de Adán y Eva de creerle a la serpiente seductora antes que a Dios. Por este acto de rebelión y de mentira, el ser humano pretende ser omnipotente, saberlo todo y poderlo todo, cuando en realidad es finito y limitado. Las consecuencias de este “endiosamiento” lleno de soberbia se expresan en símbolos elocuentes.

Lo primero que se lesiona es la relación del hombre con Dios. Si entre Dios y el ser humano existe un estrecho nexo -un “aliento de vida”, un “deseo” o *nefesh* común de hondo significado teológico, de modo que al fresco de la tarde se presenta Dios en el jardín para conversar- con esta pretensión de omnipotencia se rompe esa armonía y cercanía con el Creador. El ser humano se esconde de Él, le teme, es expulsado del paraíso.

---

<sup>3</sup>Ver Gn 8, 21.

<sup>4</sup> A. TORRES QUEIRUGA, *Culpa, pecado y perdón*, Encrucillada, 58 (1988), 248-265.

La segunda relación lesionada es la que el hombre establece con el mundo, y que se precisa con las actividades típicas del *homo faber*. “cultivar” y “guardar”. La tierra se vuelve estéril, da espinas y abrojos, y el trabajo se hace alienante y fatigoso hasta perder su sentido y esclavizar al hombre.

Pero la tercera relación, que es la fundamental para humanizarse, es la relación del hombre con sus semejantes. Adán y Eva son socios. Al ver a Eva, Adán exclama: “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne<sup>5</sup>!” Al endiosarse, el hombre rompe las relaciones horizontales de fraternidad. El amor y las relaciones se vuelven opacas, turbias: Adán y Eva, en su desnudez, sienten vergüenza el uno por el otro; la vida se tiñe de sufrimiento, el deseo se convierte en sometimiento y dominio. Ya no existe la armonía, sino una relación de poder y posesión.

El Génesis, después de describir esta alienación fundamental originante de todas las demás alienaciones, extiende la descripción a las relaciones de fraternidad universal. El relato de Caín y Abel<sup>6</sup> pone de manifiesto este mal que cristaliza en estructuras de muerte y fratricidio. Caín y Abel aparecen como exponentes de dos clases sociales de la sociedad agraria primitiva, cuyos intereses rivales chocaron duramente. Caín era un agricultor sedentario y Abel un pastor nómada. Antes del asesinato ya vivían ambos en un mundo caído que tenía la estructura de la autoafirmación clasista. Se daba allí una pluralidad de altares, uno para los nómadas y otro para los campesinos; y precisamente en la presentación de ofrendas estalló el odio que llevó al fratricidio. Una cadena oculta de causas en la que las oposiciones sociales, así como la experiencia de un desfavor incomprensible y la irritación afectiva, desempeñan un papel fatal. El Señor Dios dijo a Caín: “ ‘¿Dónde está tu hermano Abel?’ Contestó: ‘No sé. ¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano<sup>7</sup>?’” Esta historia desenmascara el mundo real como algo dividido, en el que el hombre se vuelve lobo para su hermano el hombre.

El Génesis sigue describiendo cómo el misterio de iniquidad alcanza a toda la humanidad y a todo su ambiente: “al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra, y le pesó de corazón<sup>8</sup>.” En esta terrible frase que precede al relato del diluvio universal se expresa la poderosa presencia de la violencia en el mundo. Es tan grande su fuerza, que pone en entredicho la bondad misma del proyecto de Dios, amenaza la vida y requiere un nuevo comienzo, una “nueva creación”.

---

<sup>5</sup>Gn 2, 23.

<sup>6</sup> Gn 4, 1-15.

<sup>7</sup>Gn 4, 9.

<sup>8</sup>Gn 6, 5-6.

El relato de la torre de Babel<sup>9</sup> recurre nuevamente al endiosamiento, esta vez en forma de soberbia. Los hombres se dicen unos a otros: “ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra<sup>10</sup>.” En el hecho está incluida la sociedad. Los seres humanos hemos sido creados para la comunión y la conexión profunda. Sin embargo, estamos tan metidos en la espiral de la violencia, a menudo violencia escondida y sutil, que somos incapaces de llegar al entendimiento mutuo. A estas alturas, se cumple dramáticamente el texto de la Sabiduría: “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen<sup>11</sup>.”

En todos estos relatos se describe una dinámica de violencia que urge detener y desactivar; una violencia de la cual todos participamos. En efecto, todos tenemos violencia, una veces más escondida y otras menos, y es preciso que operemos un cambio cualitativo en nuestras actitudes. Urge comprender el alcance y la profundidad de la no violencia, así como reconocer que todos tenemos violencia en nuestro interior.

A menudo no reconocemos nuestra propia violencia porque ignoramos que la tenemos. Suponemos que no somos violentos porque nuestra concepción de la violencia está asociada con imágenes de peleas, palizas, asesinatos, guerras, el tipo de cosas que las personas comunes y corrientes no hacen. La violencia a la que me refiero es ese tipo de violencia que surge de la falta de consciencia. Si fuéramos interiormente más conscientes de lo que verdaderamente vivimos, encontraríamos con más facilidad ocasión de expresar nuestra fuerza sin agredirnos mutuamente.

“Hay violencia desde el momento que utilizamos nuestra fuerza no para crear, estimular o proteger, sino para coaccionar, ya se ejerza la coacción sobre nosotros mismos o sobre los demás. Esa fuerza puede ser afectiva, psicológica, moral, jerárquica o institucional. Así, la violencia sutil, la violencia con guantes de seda, en particular la violencia afectiva, está íntimamente más extendida que la violencia que se manifiesta mediante golpes, crímenes e insultos, y es tanto más peligrosa cuanto que no es nombrada<sup>12</sup>.” A menos que seamos el cambio que buscamos en el mundo, jamás se producirá cambio alguno.

---

<sup>9</sup> Gn. 11, 1-9.

<sup>10</sup> Gn 11, 4.

<sup>11</sup> Sab 2, 23-24.

<sup>12</sup> TH. D'ANSEMOURG, *Deja de ser amable; ¡sé auténtico! Cómo estar con los demás sin dejar de ser uno mismo*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 20

La no violencia se centra en ir adquiriendo poco a poco actitudes positivas para reemplazar las actitudes negativas que nos dominan. La no violencia significa permitir que se manifieste lo positivo que llevamos dentro: el amor que somos, la ternura, la consideración, el respeto, la comprensión, el agradecimiento, el interés por los demás. Y que nos vayamos librando de las actitudes motivadas por la codicia, los prejuicios, la desconfianza, el endiosamiento y la agresividad que habitualmente dominan nuestros pensamientos, palabras y acciones. Este es el camino, la práctica y el reto para transformar nuestro corazón.

La comunicación no violenta nos lleva a *dar desde el corazón*, nos permite conectarnos con nosotros mismos y con otras personas de una manera que permite que aflore nuestra compasión natural. Marshall B. Rosenberg usaba la expresión *no violenta* en el mismo sentido que la utilizaba Gandhi al referirse a la compasión que el ser humano expresa de un modo natural cuando su corazón renuncia a la violencia<sup>13</sup>. La comunicación compasiva nos ayuda a expresarnos con sinceridad y claridad, al mismo tiempo que prestamos una atención respetuosa y empática a los demás. El método es simple, pero su poder de transformación es extraordinario. No se trata de nada nuevo; hace siglos que se conocen todos los elementos de la comunicación no violenta. El objetivo es que recordemos algo que ya sabemos: de qué modo hemos de relacionarnos con los seres humanos para conectar los unos con los otros desde nuestro ser más profundo.

Se trata, pues, de vivir conectados con ese fondo de luz que permanece intocado, con la imagen de Dios que llevamos dentro y que el pecado no puede vulnerar. La comunicación consciente y compasiva propone un cambio de paradigma que nos ayuda a vivir en esa conexión. Posibilita un arte de vivir en el respeto a uno mismo, al otro y al mundo circundante, favoreciendo la colaboración antes que el dominio de unos sobre otros, propiciando una calidad de relación tal, que haga más posible el que las necesidades de todos sean atendidas.

La aplicación más crucial de la comunicación compasiva tal vez radica en la manera en que nos tratamos a nosotros mismos, desde un lugar libre de culpas y de juicios. Cuando cometemos errores, podemos usar el proceso de trabajar la culpa y hacer el duelo de nuestras necesidades no cubiertas que la comunicación no violenta propone, para que nos indique hacia dónde podemos crecer, en lugar de quedarnos atrapados en una serie de juicios moralistas y sentimientos de culpa. Al evaluar nuestras conductas en términos de nuestras necesidades insatisfechas, el ímpetu para realizar un cambio no procede de la

---

<sup>13</sup> Él hacía referencia a los términos *gandhianos satyagraha* (= “el poder de la verdad” ó “la verdad del alma”) y *ahimsa* (= “no violencia”)

vergüenza, la culpa, la ira o la depresión, sino de un auténtico deseo de contribuir a nuestro bienestar y el de los demás.

La comunicación consciente y compasiva educa nuestra atención para hacer resplandecer la luz de la conciencia en aquellas zonas en las que seguramente hallaremos lo que estamos buscando. Lo que buscamos es “un enfoque específico de la comunicación –hablar y escuchar- que nos lleva a dar desde el corazón, a conectarnos con nosotros mismos y con otras personas de una manera que permite que aflore nuestra compasión natural<sup>14</sup>.” Cuando damos desde el corazón lo hacemos motivados por una alegría que sale de adentro cada vez que deseamos enriquecer la vida de otra persona. Es algo que beneficia tanto al que da como al que recibe. Este método está basado en la constatación de que cuando escuchamos nuestras necesidades más profundas y las de los otros, percibimos las relaciones bajo una nueva luz. Se trata de un estado de conciencia que hay que practicar, como se practica una lengua extranjera.

La violencia, interiorizada o exteriorizada, es de alguna manera consecuencia de una carencia de vocabulario, es expresión de una frustración que no encuentra palabras para manifestarse. Y con razón, porque no hemos adquirido el vocabulario de nuestra vida interior. No hemos aprendido a describir con precisión lo que sentimos ni cuáles son nuestras necesidades. Aunque desde la infancia hemos aprendido muchas palabras, nuestro lenguaje se ha vuelto pobre para expresar lo que sentimos y necesitamos<sup>15</sup>.

Además nuestra mirada se ha hecho torpe, estamos ciegos para reconocer y descubrir nuestras necesidades y las de los demás, y para aprender a cuidar de ellas. Hay una serie de mecanismos que nos obnubilan, nos encierran en nuestra propia ceguera e inconsciencia. Los dos más importantes están finamente analizados por José Ignacio González Faus<sup>16</sup>.

Una primera ceguera está tipificada en el adulterio del rey David<sup>17</sup>. Resulta que el rey David, nadando en la abundancia del poder y el placer, pone sus ojos en una pobre mujer, Betsabé, esposa de su servidor Urías. Totalmente cegado por la lógica del eros, inundado por el deseo de acostarse con Betsabé, David acaba sucumbiendo al *thanatos* y matando al marido de la chica, Urías. Y lo hace en total inconsciencia de su pecado y justificando su crimen. Comenta

---

<sup>14</sup>M.B.ROSENBERG, Comunicación no violenta. Un lenguaje de vida, Gran Aldea editores, Buenos Aires 2009, p.18.

<sup>15</sup> Ver TH. D'ANSEBOURG, *Deja de ser amable; ¡sé auténtico! Cómo estar con los demás sin dejar de ser uno mismo*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 33.

<sup>16</sup> J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Sal Terrae, Santander 1987, pp. 188-191.

<sup>17</sup>Se puede ver el episodio en 2Sam 11, 1-27.

González Faus que “si David hubiese tenido conciencia de pecado después de acostarse con Betsabé o después de intentar engañar a Urías o, al menos, después de haberse desembarazado de él y antes de escuchar a Natán, su conducta sería menos grave. Lo que la hace tan monstruosa es esa naturalidad con que David concluye la historia sin ser consciente de lo que ha hecho, “llamando a Betsabé a Palacio y tomándola por mujer<sup>18</sup>.”

El profeta Natán encara al rey y le hace ver con claridad aquello que no quiere ver, poniéndole un ejemplo elocuente. “Le dijo: Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para invitar a su huésped, tomó la cordera del pobre y convidó a su huésped. David se puso furioso contra aquel hombre, y dijo a Natán: ‘¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pagará cuatro veces el valor de la cordera.’ Entonces Natán dijo a David: ¡Eres tú! Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo te ungué rey de Israel, te libré de Saúl, te di la hija de tu señor, puse en tus brazos sus mujeres, te di la casa de Israel y Judá, y por si fuera poco te daré otros favores. ¿Por qué te has burlado del Señor haciendo lo que él reprueba? Has asesinado a Urías, el hitita, para casarte con su mujer matándolo a él con la espada amonita. Por eso, la espada no se apartará jamás de tu casa, por haberte burlado de mí casándote con la mujer de Urías, el hitita<sup>19</sup>.”

En este ejemplo queda claro que, cuando nuestro deseo nos inunda, cuando consideramos únicamente lo nuestro sin tomar en cuenta lo de los demás, falsificamos la verdad; la lógica del yo y sus deseos se coloca como lógica de la realidad. En consecuencia se pervierte la realidad y la verdad es sustituida por la mentira, el deseo es absolutizado y divinizada la criatura, falsificado lo humano. Cuando las únicas necesidades que nos interesan son las nuestras, se da el paso de la egolatría a la idolatría: convertimos en dios nuestro deseo y quedamos a merced de éste. He aquí tipificada la lógica del máximo beneficio: con tal de ver satisfechos nuestros deseos de tener, poder o placer, sucumbimos a la violencia, justificándola. Nos volvemos ciegos para considerar las necesidades de los demás.

El texto del ciego de nacimiento que está en el Evangelio de Juan<sup>20</sup> tipifica otra forma de ceguera muy común: creernos “buenos” y erigirnos en jueces de los demás. Esta ceguera está simbolizada en la figura de los fariseos que juzgan al ciego de nacimiento sanado por Jesús. Éstos, por cegarse a la lógica del

---

<sup>18</sup> J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Op.cit.*, p. 189.

<sup>19</sup> 2Sam 12, 1-10

<sup>20</sup> La narración puede verse en Jn 9, 1-41.



“cumplimiento de la ley”, de la conservación de su propia honorabilidad, acaban ensoberbeciéndose y condenando al ciego de nacimiento, siendo que éste no tenía ninguna culpa. Cerrándose ante lo evidente, es decir, la buena noticia de la acción de Dios que hace que un ciego recupere la vista, montan una estrategia absurda, persecutoria y anatematizante. La dureza de corazón y la mentira ciegan a los fariseos más que al ciego de nacimiento. Por eso el relato termina con este dicho de Jesús dijo: “He venido a este mundo a entablar un juicio, para que los ciegos vean y los que ven queden ciegos. Algunos fariseos que se encontraban con él preguntaron: Y nosotros, ¿estamos ciegos? Les respondió Jesús: Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece<sup>21</sup>.”

El segundo mecanismo que nos ciega consiste en juzgar a los demás; juicio desautorizado no sólo porque el que juzga hace lo mismo que condena (hipocresía), sino por el endurecimiento y resentimiento: presunción orgullosa, corazón duro y desprecio de la paciencia de Dios. El juzgar sólo le toca a Dios; el que juzga se pone en lugar de Dios o utiliza el poder de Dios para su propia autoafirmación. El resultado es el mismo, terminamos justificando la violencia.

Todos tenemos un poco de las dos cegueras. Podemos justificar la violencia cuando, cegados por nuestro deseo, pretendemos obtener lo que queremos al precio que sea. O podemos convertirnos en jueces de los demás, definiendo quién es bueno y quién es malo, quién merece ser premiado y quién castigado, justificando de este modo el uso de la violencia. Estas dos cegueras nos llevan a hacer lo que no queremos y a dejar de hacer lo que queremos<sup>22</sup>. Somos como un país invadido por una potencia extranjera; esta invasión puede ir creciendo o disminuyendo, pero no puede desaparecer del todo.

Por nuestra libertad, podemos elegir entre la vida y la felicidad o la muerte y la desgracia. Allí donde hay libertad, aparece necesariamente la posibilidad de hacer daño, a uno mismo y a los demás. Por eso se hace necesaria la toma de conciencia continua, la lucha por vencer nuestra ceguera.

Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna. Si, en este esfuerzo por “ver con claridad” el creyente se siente ante un dios implacable y justiciero, que lo clava sin escapatoria contra su culpa, nada existe en el mundo con mayor capacidad destructora; la culpa solamente nos hunde más en nuestras tinieblas. En cambio, si Dios es experimentado como quien nos acompaña con su amor, quien está allí únicamente para ayudar y comprender, nunca para condenar, entonces se potenciará en nosotros una fuerza liberadora imparale.

---

<sup>21</sup>Jn. 9, 39-41.

<sup>22</sup>Rm 7, 15.

Hay que liberar a Dios de los malentendidos con los cuales hemos deformado su rostro, y liberar al ser humano de las consecuencias que de ello se derivan. Dios entra en nuestra vida y en la historia únicamente para ayudar: nos acompaña, nos apoya, nos ilumina, nos potencia desde dentro. El único interés de Dios en la historia es evitar cualquier mal al ser humano, tanto al que hace sufrir a los demás como a sus víctimas. Estamos ante el Dios del amor, no de la venganza. Solo en la comunión y el amor se vence al mal. La violencia no se detiene con más violencia. Como dice Pablo, “no te dejes vencer por el mal, antes vence con el bien el mal<sup>23</sup>.”

### ***Estructuras de pecado y de gracia***

La dinámica del mal cristaliza en mecanismos perversos que obstaculizan el amor y la comunión, tanto desde el corazón de los hombres como desde las diversas estructuras por ellos creadas, en las cuales el pecado de sus autores ha impreso su huella destructora. Estas estructuras de pecado sólo se vencen creando “estructuras de gracia”, es decir, globalizando la solidaridad, creando un mundo en el que las necesidades de todos importen.

Eso quiso Jesús, al manifestar una solidaridad hasta el extremo: “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros<sup>24</sup>.” Jesús asume todas las consecuencias del mal, rompiendo la perversa espiral de la violencia. Nosotros estamos llamados a continuar por el mismo camino, siendo instrumentos de la paz del Señor frente a la violencia y a la guerra.

Las situaciones de guerra condensan todo el mal de este mundo y encarnan las peores bajezas a las que la raza humana puede llegar. La guerra es el condensado de todo tipo de violencias. Las víctimas se multiplican. La humillación es caldo de cultivo para el odio y el deseo de venganza. En una situación tan extrema como la de los judíos durante el Holocausto, una mujer impresionante nos demuestra con su propio testimonio hasta qué punto la violencia no se cura con violencia, ni el odio con el odio, sino sólo con el amor. En el siguiente texto, Etty Hillesum da testimonio de que se puede combatir el mal, desenmascarando su perversa dinámica y escapando a su lógica destructiva. Se puede además afrontar el dolor y celebrar la vida, aún en las peores circunstancias:

“La humillación siempre implica a dos personas: la que humilla y la que es humillada. Si falta esta última, es decir, si la parte pasiva es inmune a la humillación, entonces se desvanece en el aire. Todo cuanto queda son

---

<sup>23</sup>Rm 12, 21.

<sup>24</sup>Rm 5, 6.

medidas fastidiosas que interfieren en la vida diaria, pero no llegan a ser humillaciones que oprimen el alma. Los judíos deberíamos recordarlo. Esta mañana fui en bicicleta a lo largo del muelle de la estación, disfrutando de la amplia extensión del cielo en las afueras de la ciudad y respirando el aire fresco a pleno pulmón. Por todas partes había letreros que prohibían a los judíos pasear por esos caminos. Pero sobre el único y estrecho camino que nos queda también está el cielo intacto. No pueden hacernos nada, realmente no pueden. Podrán acosarnos, robarnos nuestros bienes materiales, nuestra libertad de movimiento, pero nosotros mismos perdemos nuestros más grandes activos por nuestra absurda conformidad. Por nuestros sentimientos de ser perseguidos, humillados y oprimidos. Por nuestro propio odio. Por nuestra fanfarronería, que oculta nuestro miedo. Ciertamente, podemos estar tristes y abatidos por lo que nos han hecho: es totalmente humano y comprensible. Sin embargo, nuestra mayor herida es la que nos infligimos a nosotros mismos. Yo encuentro que la vida es bella, y me siento libre. El cielo dentro de mí es tan amplio como el que se extiende sobre mi cabeza. Creo en Dios y creo en el ser humano, y afirmo esto sin vergüenza alguna. La vida es dura, pero eso no es malo. Si uno comienza asumiendo su propia importancia con seriedad, el resto viene por sí solo. Trabajarse a uno mismo no es un individualismo malsano. La auténtica paz vendrá únicamente cuando cada individuo encuentre la paz en sí mismo; cuando hayamos derrotado del todo y transformado nuestro odio hacia los demás seres humanos de cualquier raza...incluso hasta el punto de amarlos algún día, aunque esto tal vez sea pedir demasiado. Sin embargo, es la única solución<sup>25</sup>.”

La raíz de la violencia es la falta de amor, de amor a uno mismo y de amor a los demás<sup>26</sup>. Por eso, el antídoto contra el virus de la violencia es el amor, el amor incluso a los enemigos. Eso es lo que dijo Jesús. Eso es lo que Etty proclama en este hermoso texto. La guerra, el odio y el mal de este mundo siembran muchísimo sufrimiento. Sólo el amor salva, sólo el amor puede frenar el sufrimiento y la violencia.

Pero el amor no excluye el dolor. Al contrario, amar duele. El dolor que proviene del amor, puede ser un ámbito de revelación divina. El dolor, en la experiencia del pueblo de Israel y de Jesús mismo, fue lugar de revelación del verdadero rostro de Dios. El dolor ha sido el ámbito donde ha surgido el monoteísmo absoluto y las teologías de la historia y de la creación, de tiempos del exilio. Gracias al dolor del inocente, Dios empezó a considerarse como

---

<sup>25</sup>E. HILLESUM, texto del 20 de junio de 1942, en *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander 2011, p. 169-170.

<sup>26</sup>En su libro: *Violence, our deadly epidemic and its causes*, (New York 1996) James Gilligan prueba como la inhumana violencia que cometen los mayores criminales tiene su raíz profunda en la falta de amor. Los huéspedes de las prisiones de máxima seguridad se experimentan con frecuencia como muertos en vida, seres incapaces de sentir porque tienen muerta el alma por las innumerables vejaciones y faltas de amor a sí mismos y amor a los demás que han padecido.

misterio absoluto, trascendente y libre, no asimilable a los procesos de funcionamiento del mundo creado, según el libro de Job. Del mismo modo, en un contexto de persecución y mucho dolor surgió la fe en el Dios resucitador de muertos, como lo prueba la apocalíptica de Daniel y los libros de los Macabeos. Finalmente, la revelación cristiana concibe a Dios como quien es capaz de abajarse en el amor hasta padecer con el otro, asumiendo la negatividad de aquello que ama para salvarlo y transformarlo.

Este es el telón de fondo de la misma fe trinitaria y de la Encarnación, del anuncio del Reino, de la pasión-muerte-resurrección de Jesús. Dios es amor, amar es salir de sí y darse. Dios puede y quiere acabar con el sufrimiento, pero no de cualquier manera, sino compartiéndolo y asumiéndolo por amor, trascendiéndolo y superándolo. Así, el dolor que proviene del amor, se convierte en lugar teológico privilegiado para conocer el verdadero rostro de Dios<sup>27</sup>.

Para encontrar sentido a nuestro dolor necesitamos amar como Jesús. Ser cristianos consiste en seguir a Jesús, siervo sufriente, para ser glorificados junto con él. El cristiano ha sido llamado a convivir, con-sufrir y con-resucitar con su Señor, cumpliendo así el misterioso designio de una salvación que no ignora ni evita el dolor, sino que lo trasciende asumiéndolo. Solamente así crearemos “estructuras de gracia” que beneficien al mundo.

Seguramente la poca fe que el resucitado reprocha a los de Emaús<sup>28</sup> procede de su nula disponibilidad para descender con él a los oscuros abismos del dolor solidariamente aceptado, para amar -como él- hasta el extremo. ¿Nos atreveremos a correr ese riesgo de bajar con Jesús a los infiernos<sup>29</sup>, de seguir el ejemplo de aquél que “siendo de condición divina, no se aferró a su igualdad con Dios, sino que se abajó tomando la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos<sup>30</sup>”?

El encuentro con el dolor es inevitable. El dolor viene a hablarnos de algo importante, tiene algo que decirnos, nos avisa de nuestras necesidades insatisfechas. Pero el dolor, por muy extremo, excesivo y universal que se nos presente, no tiene la última palabra. Lo opuesto a la alegría no es el dolor, sino la tristeza. Nuestra sociedad actual hace del dolor espectáculo y mercancía, nos enseña a paliarlo y a evadirlo, no a soportarlo ni a asumirlo. Encontramos una fuente de sentido cuando no huimos del dolor, ni lo disfrazamos, ni lo reducimos a un espectáculo, sino

---

<sup>27</sup>J.R.BUSTO SAIZ, El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina? En: [http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol49/193/193\\_Busto\\_pag.pdf](http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol49/193/193_Busto_pag.pdf)

<sup>28</sup>Ver Lc 24, 13-34.

<sup>29</sup>Podemos ver, a este respecto, el sugerente libro de P. SCQUIZZATO, *Padre nuestro que estás en el infierno*, Paulinas, México 2014.

<sup>30</sup>Flp 2, 6-7.

que nos acercamos a él para afrontarlo, acogerlo, escucharlo para saber qué nos viene a decir; así seguimos los pasos de Jesús, que se abajó hasta lo más profundo de la destrucción humana.

El compromiso solidario, amar con pasión y con toda intensidad, más allá de las sensaciones ásperas o placenteras, es una necesidad fundamental del corazón. Un corazón sin pasión renuncia a vivir con dolor y a vivir en plenitud, y escoge las adicciones como sustitutos de la creatividad arriesgada que se abre al futuro. En cambio, el que ama con pasión al estilo de Jesús, asume el dolor y la muerte como horizontes posibles. La hondura de nuestra muerte sitúa la profundidad de nuestra resurrección. ¿Queremos ser testigos de la resurrección sin experimentar muerte ninguna?

El dolor es un hueco en la pared abierto por un golpe contundente, por una explosión que hace temblar toda la vida. Llegar a nosotros como una agresión, sin pedir permiso. Pero ésta no es la última dimensión de la vida. El dolor asumido por amor lleva a la “perfecta alegría”, ésa que ha superado los golpes, los menosprecios, los límites propios y los de los demás, para erguirse victoriosa más allá de la muerte, para vencer al mal, a la violencia, al sufrimiento.

La vida de Jesús –dice Felicísimo Martínez- es un buen símbolo de la perfecta alegría que vence al mal. Jesús vence al mal con su mensaje, pues proclama, de parte de Dios, el rotundo no que Dios mismo da a la historia humana de sufrimientos...Dios quiere la vida del hombre, su salvación, no su muerte y su miseria. Dios no quiere ningún sufrimiento. El ser de Dios está contra el mal, quiere solo el bien.

Jesús vence al mal con sus obras. Todos sus milagros son un signo de esa lucha contra el mal y el sufrimiento. Son una lucha contra el dolor moral (exorcismos), contra el sufrimiento físico (curaciones de enfermos), contra el hambre y la necesidad (multiplicación de los panes), contra el gran enemigo que es la muerte (resurrecciones).

Edward Schillebeeckx describe así la escena de las masas apiñadas en torno a la persona de Jesús: ‘La multitud que rodea a Jesús es como el clamor desesperado de la historia humana de dolor. Al mismo tiempo manifiesta la esperanza que ha entrado en dicha historia gracias a Jesús, un hombre que pasó haciendo el bien y en el que no hay nada malo’. Personas como Jesús abren un horizonte de esperanza en medio de una historia de sufrimientos<sup>31</sup>.”

---

<sup>31</sup>F. MARTÍNEZ DIEZ, *Creer en el ser humano. Vivir humanamente. Antropología en los evangelios*, Verbo Divino, Navarra 2012, p 353.

La energía para superar el dolor y celebrar la vida nos viene del agradecimiento y de la auto-aceptación. Al final de cada día, podemos revisar hora por hora y mirar todas las cosas por las que podemos realmente sentir gratitud. Podemos hacer esta práctica hasta que la experiencia de la gratitud se convierta en una parte integrante de nuestra vida. No se trata de negar la realidad ni de ocultar las cosas que no van bien en nuestra vida. Se trata de estar presentes en la vida con nuestras luchas y a la vez con nuestra gratitud. Hay algo en la gratitud que realmente tiene un efecto sobre nuestra fisiología. La gratitud es una experiencia liberadora y también una vía de superación del dolor y del duelo.

La auto-aceptación nos ayuda a no quedarnos atrapados en los juicios hacia nosotros mismos. Porque la vida es como un viaje, no es un proceso lineal hacia el éxito. Si yo estoy encaminado hacia una mayor libertad interior, un día lo conseguiré y tres días no. Y en esos tres días es bastante posible que empiece a juzgarme, ¿por qué no tengo más libertad? ¿por qué no estoy haciendo lo que sería mejor hacer? Entonces, es útil la práctica de recordarme a mí mismo que soy frágil y limitado, que todo lo que hago tiene que ver con las necesidades; incluso cuando elijo (aunque sea de manera inconsciente) el camino que no me lleva a la libertad. Entonces, si sigo conectando con mis necesidades desde la ternura, tendré más energía para seguir a Jesús y adentrarme en mi dolor, para así combatir el mal y celebrar la vida. Y la fuente del amor a mí mismo y de amor a los demás no se agotará.

Thomas D'Ansembourg asegura que la violencia es “consecuencia de nuestra falta de consciencia. Si fuéramos interiormente más conscientes de lo que verdaderamente vivimos, encontraríamos con más facilidad ocasión de expresar nuestra fuerza sin agredirnos mutuamente<sup>32</sup>.” La violencia sutil, incorporada a nuestro lenguaje, se convierte en un estilo de vida que va convirtiendo nuestro corazón de carne en un corazón de piedra, como denuncia el profeta Ezequiel<sup>33</sup>. La violencia emerge de un nivel más profundo que el nivel del cual surgen la intención consciente y la elección explícita; surge del nivel en donde radica aquello que en verdad amamos, del profundo centro de nuestro ser que condiciona aquello que somos y realizamos. La violencia se convierte en la contradicción entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

Y esta violencia se plasma en la injusticia institucionalizada: los individuos, con sus comportamientos injustos, crean las estructuras injustas y éstas a su vez influyen en los comportamientos injustos de los individuos. También se plasma en un sistema patriarcal y sexista que establece el predominio del hombre

---

<sup>32</sup> TH. D'ANSEMBOURG, *Deja de ser amable, ¡sé auténtico!*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 20.

<sup>33</sup>Ez 11, 19.

sobre la mujer con sus consecuencias psicosociales negativas sobre ambos. Y por último, se experimenta como angustia existencial, guerra consigo mismo, con los demás y con el mundo que nos rodea. La violencia se vuelve una especie de negación, resistencia, ruptura, regresión y frenazo del proceso de evolución de todo lo creado<sup>34</sup>.

San Ireneo, obispo y teólogo del siglo II y Padre de la Iglesia, lo explicaba así: en su origen, el ser humano fue creado como un “niño” que aún tiene que madurar. El ser humano no es perfecto, a pesar de ser dueño de la tierra y de toda cosa que hay sobre ella, e incluso dueño de los mismos ángeles. Esta imperfección se pone de manifiesto en la inestabilidad y en la inmadurez humana: a pesar de haber sido puesto en el mejor de los mundos posibles y de tener satisfechas todas sus necesidades, el ser humano hace el mal que no quiere y deja de hacer el bien que quiere. Creados imperfectos, los humanos somos sujetos de perfeccionamiento en nuestro avance en la oscuridad a través de una situación en medio de la cual la violencia se presenta como tentación apetecible.

Pero si somos creados a imagen de Dios, somos llamados a ser iguales a Él a través del advenimiento de su Espíritu, que nos conforma según nuestro modelo y norma: el Hijo encarnado. Quien nos sirve de medida no es el primer Adán hecho de barro, sino el segundo Adán, el hombre pleno Jesucristo. La caída no es deterioro; es retraso de crecimiento. Y la redención no es el plan sustituto que Dios pone en marcha cuando los hombres frustran su primer intento, sino la culminación de la creación<sup>35</sup>.

He aquí el hermoso texto de la *Epideixis*<sup>36</sup> de San Ireneo: “Habiendo, pues, constituido al hombre dueño de la tierra y de toda cosa que hay sobre ella, secretamente le constituyó también dueño de aquellos que en ella tienen oficio de siervos. Sin embargo, éstos, es decir los ángeles, se hallaban en la plenitud de su posibilidad, mientras que el dueño, esto es, el hombre, era aún pequeño, como niño, y debía crecer para llegar a la madurez. Y a fin que se alimentara y desarrollara con gozo y alegría, fuele preparado un sitio mejor que este mundo, superior a él por el aire, la belleza, la luz, el alimento, las plantas, los frutos, las aguas y todas las demás cosas necesarias para la vida. Y este lugar tiene por nombre Jardín. El Jardín era tan bello y agradable que el Verbo de Dios se personaba con frecuencia en él; se paseaba y entretenía con el hombre prefigurando lo que había de suceder en el futuro, es decir, que el Verbo de

---

<sup>34</sup> Ver S. WIEDENHGFER, *Teología del pecado original: modelos actuales*, en Rev. SelTeol, 32/126, abr-jun 1993.

<sup>35</sup> Véase S.J. DUFFY, *Tiniebla de corazones: una revisión del pecado original*, en Rev. SelTeol 29/115, jul-sep 1990.

<sup>36</sup> La *Epideixis* es un antiguo catecismo que Ireneo dirige a un tal Marciano. El texto citado es el no.12. Ver: IRENEO DE LYÓN, *Demostración de la predicación apostólica*, edición preparada por Eugenio Romero Pose, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2001, pp. 81-82.

Dios se haría conciudadano del hombre y conversaría y habitaría con los hombres, enseñándoles la justicia. Pero el hombre era todavía niño y no tenía aún pleno uso de razón, de ahí que le fuera fácil al seductor engañarle.”

La promesa que Dios nos regaló en Cristo es que él se hizo conciudadano del hombre y conversó y habitó con los hombres, enseñándoles la justicia. Por él, con él y en él, tenemos confianza en que todo proceso evolutivo llegará a feliz término. El triunfo de la humanización tiene la victoria asegurada en Jesús resucitado, hombre perfecto y modelo de nueva humanidad. Pero dicha victoria no se hará una realidad sino en la medida en que el estilo de vida de Jesús se verifique en nuestro estilo de vida humano.

La redención que Dios nos ha ofrecido en Cristo será real sólo en la medida en que echemos a andar en nuestra vida personal un proceso de evolución hacia formas no-violentas de relación con nosotros mismos, con los demás y con todo cuanto existe. Lo dice el profeta Isaías: “cuando renuncies a oprimir a los demás y destierres de ti el gesto amenazador y la palabra ofensiva; cuando compartas tu pan con el hambriento y sacies la necesidad del humillado, brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía<sup>37</sup>.”

Para que esto advenga, hay que empezar por una toma de conciencia que se expresa en el uso de un lenguaje diferente. Porque si la violencia sutil, a la que aludimos más arriba, no es nombrada, “es porque se insinúa en las palabras mismas que inocentemente empleamos todos los días. Es vehiculada por nuestro vocabulario cotidiano. En efecto, traducimos nuestro pensamiento, y por tanto, nuestra conciencia principalmente por el vehículo de las palabras. Tenemos, consecuentemente, la opción de hacer circular nuestro pensamiento y nuestra conciencia mediante palabras que dividen, oponen, separan, comparan, categorizan o condenan, o mediante palabras que unen, proponen, reconcilian y estimulan. Así, al trabajar nuestra conciencia y nuestro lenguaje, podemos desparasitarlos de cuanto enturbia la comunicación y genera la violencia cotidiana<sup>38</sup>,” sutil y escondida.

La comunicación no violenta nos permite empezar a tomar conciencia y a cambiar el lenguaje que usamos cotidianamente, el vocabulario que nos separa de nosotros mismos y de los demás, traduciendo palabras que nos dividen y separan en palabras que unen y reconcilian. Este cambio de conciencia-de una conciencia que separa a una conciencia que nos reconcilia con nosotros y con los demás-se convierte en la herramienta adecuada por la cual los seres humanos podemos evolucionar e ir creciendo de niños a adultos, hasta alcanzar la edad perfecta en Cristo.

---

<sup>37</sup>Is 58, 9-10.

<sup>38</sup> TH. D'ANSEMBOURG, *Deja de ser amable, ¡sé auténtico!*, Sal Terrae, Santander 2003, pp. 20-21.



La violencia nos separa, nos divide, nos aleja. Va en contra de nuestra llamada a la unidad. La violencia se cura con el amor que une. La comunicación no-violenta es vehículo para que vivamos este amor que nos hace ser Uno con nosotros mismos, Uno con los demás, Uno con todo cuanto existe, Uno con Dios.

### **La no violencia practicada por Jesús**

En el EvMt hay un texto riquísimo en el que se nos ofrecen tres ejemplos de la no-violencia practicada por Jesús. Es el texto de Mt 5, 38-48. Este pasaje del evangelio de Mateo frecuentemente ha sido malinterpretado como invitación a la sumisión. Pareciera que Jesús, con los ejemplos que ofrece, está alentando la pasividad. Jesús parece decir: si tu adversario te hace violencia, no resistas al mal y agacha la cabeza. Pero Jesús nunca hizo nada parecido. Nunca se mostró cobarde o cómplice de la injusticia, ni alentó la colaboración con el opresor.

Ante las tres más frecuentes reacciones a la violencia: atacar, huir o congelarse, Jesús explora una tercera vía de resistencia no-violenta y que no es simple docilidad, sino invitación a responder a la violencia con creatividad. Dejemos que Walter Wink<sup>39</sup> nos ayude a comprender los ejemplos de Jesús.

Primer ejemplo: “Si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda.” ¿Porqué la mejilla derecha? ¿Cómo se golpea a otro en la mejilla derecha? Trata de hacerlo. Un golpe con el puño derecho en ese mundo diestro daría en la mejilla izquierda del oponente. Para golpear la mejilla derecha con el puño tendría que usarse la mano izquierda, pero en la sociedad de Jesús la mano izquierda era utilizada sólo para tareas impuras. La única manera como alguien podía golpear la mejilla derecha con la mano derecha sería con el revés de la mano.

A lo que Jesús alude con su ejemplo no es a un pleito, sino a una humillación. Un golpe con el revés de la mano era el modo normal de amonestar a los subordinados, era la manera de humillarlos. Los amos golpeaban con el revés de la mano a los esclavos, los padres a los niños, los hombres a las mujeres, los romanos a los judíos.

El que ha sido golpeado, si respondiera con otro golpe, se suicidaría, pues el agresor tiene más poder; la única reacción normal hubiese sido la sumisión.

---

<sup>39</sup> W.WINK, *Jesus and Nonviolence. A third way*, Fortress press, Minneapolis 2003, pp9-21 y 27-28. Una traducción al español en [www.rebellion.org/noticias/2005/1/9632.pdf](http://www.rebellion.org/noticias/2005/1/9632.pdf).

Los oyentes de Jesús -que no eran los que tienen poder, los que golpean, inician pleitos o imponen trabajos forzados, sino más bien sus víctimas- tenían que someterse a ese trato humillante que se les impone. ¿Por qué aconseja Jesús a esas personas ya humilladas que presenten la otra mejilla?

Porque esta acción priva al opresor del poder de humillarlos. Para poder golpear de nuevo la mejilla izquierda con la mano derecha, el golpeador no puede golpear con el revés de su mano derecha. Tiene que hacerlo con un puño. Pero si golpea así, está convirtiendo al otro en un igual, está reconociendo al otro como par. La persona que presenta la otra mejilla está diciendo, en efecto: “Prueba otra vez. Tu primer golpe no logró el efecto deseado. Te niego el poder de humillarme. Soy un ser humano como tú. Tu situación (género, raza, edad, riqueza) no cambia ese hecho. No puedes humillarme.”

Segundo ejemplo: “al que te quiera demandar en juicio para quitarte la túnica, cédele también el manto.” Un pobre ha pedido un préstamo y no tiene con qué pagar. Su acreedor lo lleva al tribunal y le exige la túnica para ofrecer como garantía por el préstamo. La ley judía requería estrictamente su devolución cada noche al ponerse el sol, porque era todo lo que los pobres tenían para dormir.

Los oyentes de Jesús son los miles de endeudados, víctimas de un sistema que los somete a la humillación despojándolos de sus tierras, de sus bienes y hasta de sus prendas exteriores. ¿Porqué entonces les aconseja que entreguen también el manto? ¡Eso significaría que salieran del tribunal totalmente desnudos! Ponte en el papel del deudor, imagínate las risitas que este dicho debe haberle evocado. Ahí están los acreedores, rojos de vergüenza, con tus prendas exteriores en una mano y tu ropa interior en la otra. Repentinamente les has vuelto la tortilla. No tenías esperanzas de ganar el pleito; la ley estaba enteramente a su favor. Pero te negaste a ser humillado. Al mismo tiempo registraste una despampanante protesta contra un sistema que engendra semejantes deudas. Dijiste, en efecto: “¿Quiere mi túnica? ¡Aquí tiene, tómelo todo! Ahora lo tiene todo excepto mi cuerpo. ¿Es lo próximo que me va a quitar?”

La desnudez es tabú en el judaísmo. La vergüenza caía no sólo sobre la parte desnuda sino sobre la persona que contempla o causa la desnudez (Gn 9, 20-27). Al desnudarse le has impuesto al acreedor la misma prohibición que llevó a la maldición de Canaán. Cuando te muestras en la calle, tus amigos y vecinos, estupefactos, pasmados, preguntan qué sucedió. Les explicas. Se unen a tu creciente procesión, que ahora parece un desfile victorioso. Todo el sistema por el cual se oprime a los deudores ha sido desenmascarado públicamente. Quedó en evidencia que el acreedor no es un “respetable”

prestamista sino parte de un sistema perverso que despoja a los pobres a la carencia de tierras y a la miseria. Este desenmascaramiento no es simplemente punitivo, ofrece al acreedor la posibilidad de ver, tal vez por primera vez en su vida, lo que causan sus prácticas - y de arrepentirse.

Tercer ejemplo: “Si alguno te obliga a caminar mil pasos en su servicio, camina con él dos mil.” Los soldados romanos podían obligar a los civiles de los pueblos sometidos a llevarles su mochila sólo una milla; si obligaban al civil a ir más lejos podían recibir severos castigos bajo la ley militar . De esta manera Roma trató de limitar el enojo de la gente ocupada y asegurar a la vez el movimiento de sus ejércitos. Esta imposición recordaba amargamente a los judíos que, a pesar de estar en la Tierra Prometida, eran un pueblo sometido.

A este pueblo orgulloso pero subyugado Jesús no le aconseja la revuelta. Los sicarios, por ejemplo, no se “hacen amigos” del soldado, lo llevan a un lado, y le meten un cuchillo entre sus costillas. Jesús tenía plena conciencia de la futilidad de la revuelta armada contra el poder imperial romano . ¿Pero por qué aconseja caminar la segunda milla? ¿No significa esto irse al extremo opuesto de ayudar y favorecer al enemigo?

De ninguna manera. La pregunta en este caso, como en los otros dos, es cómo el oprimido puede recuperar la iniciativa, cómo puede hacer valer su dignidad humana en una situación que no puede ser modificada, al menos por el momento. Las reglas las fija el César, pero no cómo se responde ante ellas. La respuesta es de Dios, y César carece de poder al respecto.

Imagina por un momento la sorpresa del soldado cuando, en el hito de la milla siguiente, se prepara a regañadientes a recuperar su mochila (30 a 40 kilos con el equipo completo). Le dices: “Oh, no, déjeme llevársela una milla más” . Normalmente tiene que forzar a tus congéneres a que lleven su mochila, ¡ahora tú lo haces alegremente y no dejas de hacerlo ! ¿Es una provocación? ¿Estás insultando su fuerza? ¿Estás siendo amable? ¿O estás tratando de que lo castiguen porque parecería que te hace ir más lejos de lo que debieras? ¿Tienes la intención de presentar una queja? ¿Crear problemas?

Ante una situación de requisición servil, has vuelto a tomar la iniciativa. Has recuperado el poder de elección. El soldado está desconcertado porque se le ha privado de la previsibilidad de tu reacción. Imagínate la situación hilarante de un soldado de la infantería romana rogando a un judío: “¡Ah!, venga, ¡por favor devuélvame mi mochila!” El humor de la escena debe haberles encantado a los oyentes de Jesús. ¡Imagínate tú la posibilidad de dejar perplejos de esa manera a nuestros opresores!

### **En los tres ejemplos, Jesús dice a sus oyentes:**

1. Toma la iniciativa moral.
2. Encuentra una alternativa creativa a la violencia.
3. Haz valer tu propia humanidad y dignidad como persona.
4. Enfrenta a la fuerza mediante el ridículo o el humor.
5. Rompe el ciclo de la humillación.
6. Niégate a someterte o a aceptar la posición inferior.
7. Denuncia la injusticia del sistema.
8. Toma el control ante la dinámica del poder.
9. Avergüenza al opresor hasta que se arrepienta.
10. Mantén tu posición.
11. Fuerza al poder establecido a tomar decisiones para las que no está preparado.
12. Reconoce tu propio poder.
13. Obliga al opresor a verte de otro modo.
14. Priva al opresor de situaciones en las que la fuerza es efectiva.
15. Estate dispuesto a sufrir el castigo por romper leyes injustas.

Esa es la manera concreta de vivir este mandato de Jesús, el más importante y retador de sus mandatos: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda su lluvia sobre los justos y los injustos. Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si saludan tan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos? Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto”.

## **Preguntas para compartir en los grupos:**

¿Qué formas de violencia, sutil o explícita, externa o internalizada, encuentras en tu práctica pastoral? Describe:

1. Las formas de violencia que sufre la gente a la que acompañas.
2. La violencia que tú mismo, aún sin darte cuenta, ejerces sobre la gente.
3. La violencia que, según tu opinión, puede estar presente en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad.
4. La violencia que se descubre en la educación que recibiste, en tu forma de pensar o de actuar. ¿Cómo están influenciadas todas estas prácticas por el pensamiento de “lo correcto y lo incorrecto”?

Considera algún hecho histórico reciente, alguna noticia informativa a la que se le haya dado mucha publicidad.

- ¿Cómo se utiliza el lenguaje de “bueno/malo” para justificar las acciones que se han llevado a cabo?
- ¿Cómo se ha presentado a una parte como la “enemiga” o la moralmente “mala” y a otra parte como la “buena”?

Leer los 15 puntos de la no-violencia practicada por Jesús y analiza cómo puedes incorporar algunos de ellos a tu vida y tu práctica pastoral:

Toma la iniciativa moral.

Encuentra una alternativa creativa a la violencia.

Haz valer tu propia humanidad y dignidad como persona.

Enfrenta a la fuerza mediante el ridículo o el humor.

Rompe el ciclo de la humillación.

Niégate a someterte o a aceptar la posición inferior.

Denuncia la injusticia del sistema.

Toma el control ante la dinámica del poder.

Avergüenza al opresor hasta que se arrepienta.

Mantén tu posición.

Fuerza al poder establecido a tomar decisiones para las que no está preparado.

Reconoce tu propio poder.

Obliga al opresor a verte de otro modo.

Priva al opresor de situaciones en las que la fuerza es efectiva.

Estate dispuesto a sufrir el castigo por romper leyes injustas.